Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral
de Zamora

LO QUE DEBES SABER

Para ser sabio

1. ¿Qué es la Biblia?
2. ¿Quién es Dios?
3. ¿Quién es Jesucristo?
4. ¿Quiénes son la Virgen María y San José?
5. ¿Quién es el Espíritu Santo?
6. ¿Quiénes son el Papa y la Iglesia?
7. ¿Cuál es la verdadera religión?
8. ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy?...
9. ¿Cómo explicar el enigma del dolor y de la muerte?
10. ¿Hay otra vida después de ésta?
11. ¿Existe el infierno?
12. ¿Por qué creer lo que no vimos?
13. ¿Para qué sirven los Conventos de clausura?
14. ¿Cuál es el camino de la felicidad?

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

Con licencia eclesiástica
ISBN: 84-7693-090-9
Depósito Legal: B-34834-1990
Printed in Spain
Impreso en España por G.M.S. IBERICA, S.A.
c/ Poblet, 19-21, entlo. 5.ª 08028 Barcelona

PRESENTACION

Querido lector:

Por ser muy grande la ignorancia religiosa existente y haber visto libros y programas que hablan confusamente de estos temas trascendentales y ver también que no faltan quienes los tergiversan y se atreven a negarlos, me propongo dar unas ideas claras para llevar con ellas algo de luz a tantas personas que andan extraviadas por el error.

Yo ya he escrito tantos libros como interrogantes hago en éste, es decir, que a cada pregunta respondo con el contenido de un libro, como puede verse por los títulos con que figuran en el catálogo de cuantos me ha editado el Apostolado Mariano de Sevilla; mas ahora no pretendo otra cosa que dar una respuesta lo más resumida posible y completa a la vez a todos estos interrogantes por ser los más profundos que pueden interesar al hombre de hoy y convencerse que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en Jesucristo, nuestro Señor y Maestro.

Yo espero, amigo lector, que este libro sea para ti, niño, o joven o mayor, como el Vade-

mecum que te acompañe en tu vida para que tengas conocimientos claros de tu misión sobre la tierra y no vayas por el camino del error.

La primera pregunta que hago es sobre la Biblia, por ser el libro de la revelación divina, en el que hallamos la respuesta más adecuada y la primera y principal que podemos dar a los grandes interrogantes que vamos haciendo, y que por partir de la revelación nos proporciona un conocimiento muy superior al que podemos alcanzar con la sola luz de la razón humana.

Espero que este pequeño libro te proporcione ideas claras, útiles y provechosas para que adquieras una formación profundamente religiosa y así comprendas lo básico y más esencial de la religión católica, la que tiene su fundamento primario en la Biblia, y llegues a comprender que después de saber contestar a los porqués que se te puedan hacer, como: ¿por qué existe el mundo? ?Para qué estoy yo en él? ¿Qué hay más allá de la muerte?, etc., y de otros muchos interrogantes y del último «porqué», reconozcas que está Dios, que es el que nos puede dar la respuesta más satisfactoria a cuantos problemas podemos plantearnos.

Benjamín MARTIN SANCHEZ

Zamora, 1 enero 1990

GRANDES INTERROGANTES

1º ¿Qué es la Biblia?

La Biblia, que recibe los nombres de Sagrada Escritura, Libros Santos..., es el libro más bello y más importante que hay en el mundo, porque contiene y es la palabra de Dios.

Dios nos ha hablado. Este es un hecho histórico de gran transcendencia. El hombre creado por Dios y puesto sobre la tierra, no ha sido abandonado por Él. Él nos ha manifestado su voluntad a través de su palabra, de la conciencia y de la creación entera.

Dios nos está hablando, no sólo por la naturaleza, sino también por medio de la Biblia.

1) Nos habla por la naturaleza, pues la creación del universo, los astros y la tierra nos están hablando de un Dios creador de todas las cosas. *«Alzad a los cielos vuestros ojos y mirad* (en una noche estrellada), *¿quién los creó?»* (Is. 40,25). Solamente Dios con su poder omnipotente. Por eso leemos en el libro de la Sabiduría: *«Vanos son por naturaleza todos los hombres que carecen del conocimiento de Dios, y*

por los bienes que disfrutan no alcanzan a conocer al que es la fuente de ellos, y por la consideración de las obras no conocieron al Artífice...» (13, 1-9).

2) Nos habla por la misma Biblia. En este sagrado libro, que empieza diciendo: *«Al principio* (del tiempo) *creó Dios el cielo y la tierra»* (Gén. 1,1), vemos que Dios habló a nuestros primeros padres, Adán y Eva (Gén. 1,28), a Caín (Gén. 4,10); a Noé (Gén. 6,14); a Abraham (Gén. 12, 1-2); a Moisés (Ex. 3,14); etc., y nos ha hablado también por los profetas Isaías, Jeremías, etc.

Finalmente después de hablarnos por intermediarios, nos ha hablado directamente por su propio Hijo, por su *propia Palabra,* el Verbo que se encarnó y hecho hombre fue enviado a la tierra... y en la actualidad sigue hablándonos por el Evangelio donde están sus palabras... y también nos habla por su Iglesia (Lc. 10,16).

¿Dónde tenemos las palabras que Dios nos ha dicho? Las que nos dijo por medio de los profetas, las tenemos en el Antiguo Testamento, y las dichas por Jesucristo las tenemos en el Nuevo, especialmente en los Evangelios.

De la Biblia, la que definimos diciendo que «es la palabra de Dios escrita» (Conc. Trento), «una carta de Dios omnipotente a su criatura» (S. Greg. M.), tiene 73 libros: 46 del Antiguo Testamento (A.T.), y 27 del Nuevo Testamen-

to (N.T.). La Biblia, pues, se divide en dos grandes partes: El A.T. que empieza con el libro del Génesis, y el N.T. que empieza con los Evangelios. (Para aprender a manejar bien la Biblia remito a mis lectores a estos tres libros míos: «Catecismo sobre la Biblia», «La Biblia a tu alcance» y «Por qué leer la Biblia y cómo leerla».

Nota: Conviene saber la diferencia entre una Biblia católica y una Biblia protestante. La católica tiene 73 libros, y la protestante 66. A ésta le faltan siete libros que son: *Tobías, Judit, Baruc, Sabiduría, Eclesiástico y los dos de los Macabeos,* y no lleva notas explicativas (y no tiene censura de la Iglesia).

¿Por qué le damos a la Biblia tantísima importancia? Porque Dios es su autor principal, y por lo mismo sus palabras tienen un valor absoluto e infalible, y esta es la razón porque las aducimos cuando tratamos de defender verdades transcendentales.

Alguno dirá, si Dios es el autor principal de la Biblia, ¿cómo la escribió Dios? Dios escribió la Biblia valiéndose de los hombres a los que inspiró y movió (influyendo en su entendimiento y en su voluntad) para que escribieran en ella todo y sólo lo que Él quiso.

La Biblia, pues, tiene dos autores: Uno principal: Dios; y otro secundario e instrumen-

tal, pero racional: el hombre. De muchos libros de la Biblia sabemos sus autores humanos, vg. *Moisés* es el autor del Pentateuco «en cuanto a lo sustancial». Jesucristo dijo: *«De Mi escribió Moisés»* (Jn. 5,46)... *San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan* escribieron los Evangelios que llevan su nombre. *San Pablo* escribió 14 cartas (?)...

¿Cómo sabemos que Dios es el autor principal de la Biblia, o sea, que es un libro divino o inspirado por Dios? Lo sabemos por varias razones:

1.ª Porque el Magisterio supremo de la Iglesia, a través de los siglos y ya desde su comienzo, nos ha ido diciendo cuál es el catálogo de los libros sagrados y canónicos, los cuales nos van enumerando los concilios...

2.ª Porque Jesucristo le dio una autoridad divina e infalible y dijo que la Biblia trataba de Él. Veamos sus palabras:

– *«La Biblia no puede fallar»* (Jn. 10,35).

– *«Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito de Mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos»* (Lc. 24,44-46).

– *«Investigad las Escrituras, ellas son las que están dando testimonio de Mí»* (Jn. 5,39), etc...

3.ª Por el testimonio del pueblo judío, dado por dos de sus historiadores: *Filón y Flavio Josefo*, contemporáneos de Jesucristo, que dicen

que están dispuestos, si es preciso dar su vida en testimonio de defensa de la Biblia (A.T.) por ser Dios su autor principal, y ser Él que les ha hablado por medio de los profetas.

4.ª Por la «nota profética». Esta es una prueba clarísima de que Dios es el autor de la Biblia, porque en ella existen muchas profecías que anuncian el porvenir, y como sólo Dios conoce el futuro o cuanto ha de suceder (Is 43,23; 45,21), al ver que lo anunciado siglos antes, se cumple luego con exactitud, resulta que ésta es una Escritura divina. Basta comparar estas profecías:

– *Miqueas,* 5,2 (profecía escrita 7 siglos antes de Cristo) compárese con Mateo 2,3-6, y veremos que al preguntar Herodes donde debía nacer el el Mesías, le contestaron: *«En Belén de Judá, pues así está escrito por el profeta»...*

– *Isaías 7,14* (ocho siglos antes) dijo que el Mesías nacería de una Virgem, llevaría el nombre de Emmanuel, y en Mateo 1,22-23 lo vemos cumplido: *«Todo esto se sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta, que dice: He aquí que una Virgen concebirá y dará a luz...*

– Compárense también Isaías 61,1 con Lucas 4,21...; Salmo 22, con Juan 19,21; Zacarías 9,9 con Mateo 21,4-5; etc... *«De Jesucristo dieron testimonio todos los profetas7* (Hechos 10,43)...

Advertencia: El Concilio Vaticano II nos exhorta a leer con frecuencia la Santa Biblia, porque «desconocer la Escritura es desconocer a Cristo». «Entre los escritos del Nuevo Testamento sobresalen los Evangelios, por ser el testimonio principal de la vida y doctrina de la palabra hecha carne, nuestro Salvador».

Los Evangelios, por contener la Vida, milagros y principales palabras de Jesucristo, debiéramos leerlos diariamente, al menos un capítulo, y así le conoceríamos mejor. ¡Cuántos se llaman cristianos y no le conocen! «Leed con frecuencia las Escrituras, aún más, no dejéis nunca de la mano su lectura» (San Jerónimo). «Leed las Escrituras es un poderoso preservativo contra el pecado» (S.J. Crisóstomo)

2.ª ¿Quién es Dios?

Antes de dar una definición, diremos que lo que sabemos de Dios, lo sabemos por las cosas creadas y con más claridad por la Biblia, el libro de la revelación divina.

1.º Por la razón humana sabemos que es evidente la existencia de Dios, y que un niño puede demostrarnos su existencia sólo con apuntar al cielo y decir: ¿Quién creó el sol, la luna, las estrellas y también la tierra en que habitamos? Forzosamente tenemos que res-

ponder: Un Ser supremo y omnipotente al que llamamos Dios.

Las estrellas del cielo, y la tierra con sus criaturas no han podido originarse por sí mismas, ni los astros pueden moverse por sí mismos. Como dice el apóstol: *«Toda casa ha sido fabricada por alguno, pero el Hacedor de todas las cosas es Dios»* (Heb. 3,4).

La ciencia demuestra que la materia es inerte, sin vida, y según un principio de Física: un cuerpo en reposo no puede ponerse en movimiento si no hay un motor que lo mueva, y ¿quién será ese gran motor de este universo que está en continuo movimiento, sino es *Dios, primer motor inmóvil,* necesario y eterno? Y si alguno se atreve a negar la existencia de ese ser eterno, al que llamamos Dios, díganos cuál es la causa primera de todos los seres existentes.

2.º Por la Biblia. Este libro sagrado nos habla en casi todas sus páginas de la existencia de Dios. Ya en su primer capítulo empieza diciendo: *«Al principio* (del tiempo) *creó Dios el cielo y la tierra»* (Gén. 1,1).

– San Pablo reprende a los paganos diciéndoles: *«Lo cognoscible de Dios es manifiesto entre ellos, pues Dios se lo manifestó: Porque desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad son conocidos mediante las criaturas. De manera que*

son inexcusables por cuanto, conociendo a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias..., y alardeando de sabios, se hicieron necios» (Rom. 1,18 ss).

– Todas las cosas nos hablan de Dios. *«Pregunta a las bestias y ellas te enseñarán; a las aves del aire, y te lo dirán; a los reptiles de la tierra y te instruirán, y te lo harán saber los peces del mar. ¿Quién no ve en todo esto que es la mano de Dios quien lo hace, de Dios que es el Dueño de todo viviente; y el espíritu de todos los hombres?»* (Job 12,7-10).

Y como dice el salmista: *«Los cielos pregonan la gloria de Dios y el firmamento la obra de sus manos»* (Sal. 19,2-3).

Advertencia:

Los que quieren negar la existencia de Dios siguen la falsa teoría del marxismo, llegando a decir que el hombre es el que ha creado a Dios, porque el origen de la idea de Dios y de la misma religión nace de la ignorancia y del miedo existentes en el hombre; pero a esto diremos: ¿No es una aberración decir tal cosa? ¿Acaso no es el hombre antes que la ignorancia y el miedo que él puede tener? Lo que deben demostrar cuál es el origen del hombre. Tú has tenido unos padres, y éstos otros... ¿De dónde vinieron los primeros de todos los hombres? Es evidente que si Dios el ser eterno no

existiera, tampoco nosotros, ni el cielo ni la tierra existirían. Luego la causa primera del universo es Dios. Él es el creador del mundo y del hombre.

¿Quién niega la existencia de Dios? Yo creo que difícilmente existen verdaderos ateos que nieguen a sangre fría y con convicción la existencia de Dios. Hay hombres que admiten la existencia de Dios, pero desgraciadamente viven como si Dios no existiera (estos son los llamados *«ateos prácticos»*). Otros los *ateos de corazón*, temen que haya Dios que pueda castigarlos y desearían que no existiera, a fin de entregarse libremente a sus pasiones, y otros los *«ateos de espíritu»*, los engañados por sofismas, creen que no hay Dios. Pero Dios realmente existe, como queda demostrado, y lo confirman los testimonios siguientes de filósofos diversos:

– *Tertuliano* dijo: «En esto consiste el pecado más grande, en no querer reconocer a Aquel a quien no se puede ignorar.

– *Séneca:* «Todo hombre tiene conocimiento de Dios, y jamás ha habido un pueblo tan fuera de toda ley y moralidad que no crea en Él». «Mienten quienes dicen que están convencidos de que Dios no existe, pues aunque te lo afirmen de día, sin embargo de noche, y cuando se ven solos, comienzan a dudar».

– *Cicerón,* gran orador romano: «¿Quién es tan necio que mirando al cielo, no sienta que existe Dios?... No hay pueblo tan salvaje ni hombre tan rudo, que no crea en un Dios, aunque desconozca la naturaleza de éste».

– *Aristóteles,* aunque parece admitir cierto politeísmo, dice: «Todos los hombres admiten la existencia de dioses, y todos señalan como morada de la divinidad el cielo; todos, bárbaros y griegos...».

– *Copérnico,* astrónomo polaco: «No se puede contemplar el orden magnífico que gobierna el universo sin mirar ante sí y en todas las cosas al Creador del mismo, fuente de todo bien».

– *Newton,* astrónomo, físico y matemático: «El orden admirable del sol, de los planetas y cometas es obra de un Ser Todopoderoso e inteligente...». «Quien niega la existencia de Dios, merece ser encerrado en un manicomio».

– La Sagrada Escritura dice: *«Dijo el necio en su corazón: No hay Dios»* (Sal. 14,1).

¿Qué definición podemos dar de Dios?

Después de lo dicho está claro que: «Dios es el Ser Supremo, Omnipotente y Creador del cielo y de la Tierra».

Además tenemos esta definición dada por el mismo Dios, el cual dijo a Moisés: *«YO SOY el que es»*, el ser por esencia, el que existe por sí mismo, fuente de todos los seres existentes, pues todo depende de Él, y Él no depende de nadie, es un ser «eterno» porque no está limitado por ningún tiempo, es inmutable, inconmensurable, inmenso, sapientísimo, omnipresente, etc...

Dios es inefable, pero el nombre más destacado de Dios en el Nuevo Testamento es el de PADRE, el que Jesucristo nos enseñó al decirnos: *Así Habéis de orar: «PADRE NUESTRO que estás en el cielo...»*.

Conviene siempre orar...

Esto es lo que nos dijo Jesucristo, pues por ser los hombres hechura de Dios y depender de Él, a Él debemos orar. Esta es la consecuendia que parte de lo que sabemos de Dios. Hay una relación necesaria entre Dios y el hombre.

– Dios es mi Creador, luego yo debo adorarle.

– Dios es mi Señor, luego estoy obligado a servirle.

– Dios es mi Bienhechor, luego debo darle gracias.

– Dios es mi Padre, luego debo amarle.

Oración es hablar con Dios, conversar con Él, amarle, suplicarle, pedirle bienes y darle gracias... La oración es fácil, y todos oramos

de algún modo, como orar es suplicar, hacer un ruego, una petición, así vemos que el niño ruega a su madre y el pobre al rico o al que puede socorrerle..., y nosotros al ser tan pobres y necesitados, debemos acercarnos a Dios, exponerle nuestras necesidades y pedirle las remedie, porque Él es Omnipotente...

Nuestra oración también ha de ser de alabanza y como Dios está en todas partes y está a nuestro lado y nos ve y nos oye, en todo lugar debemos alabarle: *«Alabad al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia»*.

3.º ¿Quién es Jesucristo?

Esta es una pregunta de gran transcendencia, porque ella es la clave de la solución de los grandes interrogantes que iremos haciendo.

Para responder debidamente a esta pregunta hay que leer bien la Biblia, especialmente los Santos Evangelios, porque la Biblia trata de Jesucristo: Él es su figura central, pues en Él convergen todas las profecías.

Nombre de Jesucristo. Este nombre se compone de *Jesús*=Salvador, y de *Cristo* (palabra griega, en hebreo *Mesías*)=Ungido. Y por eso unas veces le llamamos *Jesús*, otras *Cristo*, otras *el Mesías*, otras *Jesucristo* y otras *el Se-*

ñor (lo que equivale a llamarlo nuestro *Dios,* pues a Dios se le designa en el A.T. con la palabra «Señor»).

Jesucristo es una persona histórica y vive en un tiempo histórico, pues sabemos que nace en Belén de Judá y vivió en tiempo del rey Herodes, siendo gobernador romano Poncio Pilato... (Mt. 2,1; Jn. 19,1).

De Jesucristo nos hablan los Evangelios, que son libros históricos, íntegros y verídicos (pueden verse las pruebas en mi «Introducción al N.T.» 5.ªed.).

Y de Él también nos hablan los demás libros del N.T., y varios historiadores profanos hacen mención de Él, vg. Flavio Josefo, contemporáneo suyo, y además otros como Plinio el Joven, Tácito y algunos más.

Flavio Josefo, historiador del judaísmo (a. 30-100 d.C.) en sus «Antigüedades Judaicas» dice: «Jesús hombre sabio, si es que puede ser llamado hombre... Él era el Cristo. Fue crucificado, pero al tercer día se apareció resucitado a sus seguidores; y hoy continúa existiendo la descendencia de aquellos que de él tomaron el nombre de cristianos».

Rasgos principales de la Vida de Jesucristo

Jesucristo nació en Belén de Judá, de la Virgen María, y fue concebido por obra y gra-

cia del Espíritu Santo y de un modo totalmente virginal sin intervención de varón (Mt. 1,18-25; Lc. 1,26 ss).

De nadie se ha escrito su vida antes de nacer, sólo se ha escrito de uno, que fue precisamente Jesucristo. Muchos siglos antes de su nacimiento los profetas fueron anunciando varios rasgos de su vida, vg. Isaías (8 siglos antes) dijo que nacería de una Virgen (7,17), que sufriría una pasión ignominiosa por salvarnos (cap. 53), y cumpliría la misión de predicar el Evangelio, dar vista a los ciegos, etc. (cap. 61,1-2) (compárense estos textos del N.T. Mt. 1,22-23; Lc. 4,21)... Miqueas dijo que nacería en Belén (5,2 con Mt. 2,3-6), etc., etc.

Jesucristo que es Dios desde la eternidad (Jn. 1,1), quiso hacerse hombre en el tiempo (Jn. 1,14; Mt. 2,11), y por eso se encarnó y vino a este mundo por medio de la Virgen María (Mt. 1,16; Gál. 4,4), y así siendo Dios quiso vivir como hombre entre los hombres con la misión de salvarlos (1 Tim. 1,15). Pasó 30 años de vida oculta en Nazaret enseñándonos el amor al trabajo, a la oración, a la vida de obediencia..., y durante tres años ejerció su ministerio público, predicando a las multitudes, formando su Iglesia, el nuevo Pueblo de Dios, al frente del cual puso a Pedro y a sus apóstoles, e hizo muchos milagros para confirmar su misión y su doctrina.

– Un día sus apóstoles tuvieron miedo de hundirse en el mar ante una gran tormenta que se levantó, y cuando las olas se echaban sobre la barca, acudieron a Él para decirle: *«Sálvanos que perecemos»,* y Él al momento mandó al viento y dijo al mar: *«Calla, enmudece, y se aquietó el viento y hubo una gran bonanza.* Los apóstoles admirados se decían: *«¿Quién es éste que hasta el viento y el mar le obedecen?»* (Mc. 4,35-41).

Nosotros también tenemos que preguntarnos: «¿Quién es Jesús de Nazaret, quién es éste, que hace tantos milagros como se leen en su Evangelio? El que lea el Evangelio verá que Jesús dio vista a los ciegos, curó la lepra del cuerpo y del alma, resucitó muertos, y a alguno como a Lázaro después de cuatro días cadáver descompuesto...

– Hacia los treinta y tres años de su edad tuvo lugar su Pasión y su muerte en una cruz y al tercer día resucitó para nunca más morir. Con sus muchas profecías y sus muchos milagros y especialmente con el de su resurrección, demostró que era no solamente hombre, sino DIOS.

La vida de Jesucristo la tienes, pues, en el Evangelio. Debes leerlo con frecuencia, para conocerlo bien, y una vez leído reconocerás que es Dios y hombre a la vez, y te admirarás viendo que se dice de Él:

– *Jamás persona alguna habló como este hombre* (Jn. 7,46).

– *Todos los que le oían se maravillaban de su sabiduría y sus respuestas* (Lc. 2,46).

– *Tú tienes palabras de vida eterna* (Jn. 6,68).

– *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo* (Mt. 16,16).

– *Su fama se extendía más y más y venían muchas gentes a oírle y a que los curase de sus enfermedades* (Lc. 5,15).

– *Él es verdaderamente el Salvador del mundo* (Jn. 4,22). Los mismos fariseos decían: *«Ya véis que todo el mundo se va en pos de Él* (Jn. 12,19).

Jesús dijo de sí mismo: *«Yo soy el Mesías* (Jn. 4,36). *«Yo soy el camino, la Verdad y la Vida»* (Jn. 14,6). *Yo soy la luz del mundo... Yo soy la Resurrección y la vida* (Jn. 8,2; 11,25).

Jesucristo instituyó siete sacramentos por los cuales nos comunica su gracia para salvarnos... A los ya bautizados les debe interesar fijarse en el de la Eucaristía, pues Él que dijo: *«Yo he venido para que las almas tengan vida»...*, nos dice: *«Yo soy el pan vivo bajado del cielo... El que come de este pan vivirá eternamente y yo lo resucitaré en el último día»...* y también dio el poder de perdonar pecados a sus apóstoles y sucesores, al decirles: *«Al que perdonareis los pecados les serán perdonados...»*.

Advertencia:

De Jesucristo podíamos decir muchísimo, y remito a mi libro que lleva precisamente este título: *«¿Quién es Jesucristo?»*... y en él tenéis lo más esencial que podemos decir de Él. Termino citando solamente tres testimonios de lo que dicen varios sabios racionalistas, que entresaco de este libro:

– *Rousseau* llegó a decir: «Si la vida y la muerte de Sócrates son las de un sabio, la vida y la muerte de Jesucristo son las de un Dios».

– *Goete:* «Me inclino ante Jesucristo, como ante la revelación divina del principio supremo de la moralidad».

– *Augusto Sabatier:* «Jesús es el alma más bella y pura que existió jamás, elevada a una altura a la que nunca el hombre podrá llegar».

4.º ¿Quiénes son La Virgen María y San José?

Por la relación que la Virgen María y San José guardan con Jesucristo, vamos a exponer lo más esencial de ellos.

1) *La Virgen María.* La Biblia considera a la Virgen como a la más excelsa de todas las criaturas por ser la destinada a ser Madre del Altísimo, del llamado Hijo de Dios (Lc. 1,32 y 35), *la bendita* o más alabada entre todas las

mujeres, la *llena de gracia* (Lc. 1,28 y 42), la que *todas las generaciones llamarán bienaventurada* (Lc. 1,48). Y el Concilio Vaticano II nos dice que Ella ocupa después de Cristo, el lugar más alto y el más cercano a nosotros, pues Ella, «por la gracia de Dios, después de su Hijo, fue exaltada sobre todos los ángeles y los hombres» (LG. 53-54).

Si preguntamos: ¿Por qué este encumbramiento tan grande o exaltación de la Virgen? Tenemos que responder: porque ES LA MADRE DE DIOS, y por sola esta prerrogativa aventaja con mucho en dignidad a todas las criaturas del cielo y de la tierra. La grandeza, pues de la Virgen estriba en que Dios quiso venir a este mundo por medio de ella.

– *San Pedro Damián* dice: «¿Qué cosa más grande que María? Ella ha encerrado en su seno la incomparable grandeza de la divinidad. Contemplad los serafines, remontaos con un vuelo sublime por encima de estas naturalezas superiores y veréis debajo de la Virgen cuanto hay de grande; una cosa sobrepuja esta obra de Dios, es el Artífice».

– *San Alfonso M.ª de Ligorio:* «María es infinitamente inferior a Dios; pero a la vez, inmensamente superior a todas las criaturas».

– *Pío XII:* «¡Madre de Dios! ¡Qué título más inefable!... Sólo Ella, por su dignidad, trasciende los cielos y la tierra. Ninguna entre

las criaturas visibles o invisibles puede compararse con Ella en excelencia» (a. 1947).

Todas las mujeres memorables del Antiguo Testamento: Sara, Débora, Jael, Susana, Judit, Ester, etc., han sido figuras de la grandeza de María; pero los hermosos títulos que se les atribuyen le convienen infinitamente mejor y de manera más verdadera y perfecta a María, por ser la única mujer en el mundo elegida para la Madre del Altísimo, el Redentor del mundo.

¿Por qué la Virgen María es Madre de Dios?

1.º Porque Ella es Madre de Jesús, como se nos revela en la Sagrada Escritura: *«María, de la cual nació Jesús, por sobrenombre Cristo»* (Mt. 1,16). Ahora bien, si es Madre de Jesús, como Jesús es Dios, síguese que la Virgen es Madre de Dios. En realidad Ella fue la que concibió y dio a luz a la segunda Persona de la Santísima Trinidad.

2.º San Pablo lo dice así: *«Cumplido que fue el tiempo* (anunciado por los profetas) *envió Dios a su Hijo nacido de mujer...»* (Gál. 4,4). La expresión «Hijo de Dios», nacido en el tiempo, engendrado en las purísimas entrañas de María, ¿qué es sino Dios y hombre verdade-

ro?, y ¿qué es María al engendrar un Hijo sino Madre de Él? Luego la Virgen, que engendró al Hijo de Dios, es Madre de Dios. Y esto es lo que dijo San Cirilo de Alejandría, obispo y doctor de la Iglesia: «Si nuestro Señor Jesucristo es Dios, ¿por qué no se ha de llamar Madre de Dios a la Virgen que le dio a luz?».

Algunos han dicho: Si Dios es anterior a la Virgen, ¿cómo puede ser ésta Madre de Dios? Respondemos: La Virgen María es Madre de Dios no porque sea Madre de la divinidad (o sea de la naturaleza divina anterior al mundo y a la misma Virgen), sino porque –como dice Santo Tomás– «es Madre según la humanidad de una Persona que tiene divinidad y humanidad», es decir, la Virgen es Madre de Jesucristo, o sea, de una Persona que es Dios y hombre a la vez.

Según la Biblia, Jesucristo es Dios desde la eternidad y se hizo hombre en el tiempo.

Advertencia: Como de la Santísima Virgen podíamos decir muchísimo, remito a mi libro *«LA VIRGEN MARIA a la luz de la Biblia»,* y en ella pueden verse demostradas estas expresiones: La Virgen es Madre de la Iglesia..., y Madre nuestra «en el orden de la gracia»... y Ella es Inmaculada, exenta de todo pecado original y actual, y Ella misma en su aparición a Santa Bernadita en Lourdes dijo: «Yo soy la Inmaculada Concepción»... y Ella permaneció

siempre Virgen... y Ella es Reina, Corredentora, Mediadora ante el Mediador Jesús y asunta al cielo en cuerpo y alma.

Según algunos Padres de la Iglesia y teólogos, la devoción a la virgen María es señal de predestinación. «Es imposible, moralmente hablando, dice San Alfonso M.ª de Ligorio, que el verdadero devoto de María se condene».

¿Quién fue San José?

San José es un santo excepcional, que merece lo nombremos como el primero entre todos los santos. Se le ha llamado «el santo del silencio» porque en los Evangelios no vemos consignada palabra alguna salida de sus labios, pero las breves frases que vemos en ellos, como «varón justo», «esposo de María» y »padre de Jesús» lo ensalzan ya de tal manera que lo colocan sobre todos los santos.

En la frase «varón justo» se encierra un gran panegírico, por cuanto en el lenguaje bíblico la palabra «justo» indica compendio de todas las virtudes. *Justicia* en la Biblia, no es sólo una virtud que consiste en dar a cada uno lo que es suyo, sino que equivale a *santidad*, y la santidad no es otra cosa que el conjunto de virtudes, y San José las practicó todas.

San José se casó con la Virgen María, la cual tenía hecho voto de virginidad, según indicó al ángel al oírle decir que iba a ser Madre

del Altísimo, pues le contestó: *«¿Cómo podrá ser esto, pues no conozco varón?»* (Lc. 1,34), y como entonces ya había dado palabra de matrimonio a San José, y le satisfizo la explicación del ángel de que concebiría no por obra de varón, sino por virtud del Espíritu Santo, y entonces fue cuando asintió diciendo: *Hágase en mi según tu palabra,* esto no tiene otra explicación más que ésta: Que tanto Ella como San José tenían hecho propósito de vivir en perpetua continencia, siendo así San José para la Virgen custodio de su virginidad.

Según esto, ¿fue verdadero el matrimonio de María y de José por estar ligados con el voto de virginidad?

Respondemos: Fue verdadero matrimonio, porque el voto de virginidad no se opone a la realidad y verdad de su unión matrimonial, y la razón es ésta: Porque lo que constituye la esencia del matrimonio, no es la unión de los cuerpos, sino la unión de los espíritus, o con otras palabras: la unión carnal o uso de los actos del matrimonio no constituyen la esencia del mismo.

Unos que se van a casar, después que se han dado palabra de matrimonio o se han dado el *sí* matrimonial son verdaderos esposos, usen luego o no del acto matrimonial.

El sentir de Gersón, Suarez y otros teólogos, tres fueron los privilegios especiales que caracterizaron a San José:

1) Ser santificado desde el vientre de su madre, como Jeremías y el Bautista.

2) El de haber sido asimismo confirmado en gracia.

3) El de estar exento de los apetitos de la concupiscencia; de cuyo privilegio suele San José, por los méritos de su pureza, hacer participantes a sus devotos, librándolos de los movimientos de la carne.

San Francisco de Sales exclamó un día: «¡Oh qué santo tan grande es San José! Le fue dado poseer a Jesús y María. Con estos dos tesoros pudo inspirar envidia a los mismos ángeles...». Después de la Virgen no hay Santo que a José pueda ser superior. *Santa Teresa de Jesús* estimula a todos a ser devotos de San José, pues a ella le concedió cuantas gracias le pidió.

5.º ¿Quién es el Espíritu Santo?

El Espíritu Santo es poco conocido, hablamos poco de Él, y sin embargo es «el alma de la Iglesia, pues lo que es el alma con relación al cuerpo, al que le da vida, así el Espíritu Santo vivifica a la Iglesia de Dios» (S. Agug.).

Es cierto que la Iglesia invoca al Espíritu Santo en actos importantísimos como en el Cónclave, en los Concilios, en la Ordenación Sacerdotal, etc., y que los cristianos lo invoca-

mos todas las veces que hacemos la señal de la cruz, al decir: «En el nombre del Padre y del Hijo y del ESPIRITU SANTO», y también al decir: «Gloria al Padre, y al Hijo y al ESPIRITU SANTO»; pero ¿reflexionamos debidamente al hacer esta invocación?

Por la Biblia sabemos que todos los bautizados, perseverando en gracia, somos templos del Espíritu Santo: *«¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros?»* (1 Cor. 6,9). *«No apaguéis el Espíritu Santo»*, arrojándolo de vosotros por el pecado mortal (1 Tes. 5,19)..

Para conocer quién es el Espíritu Santo

Hablemos primeramente con brevedad del misterio de la Santísima Trinidad, tal como se nos revela en La Biblia. Hay un sólo y único Dios y en Él hay tres personas distintas e iguales en perfección: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

1.º Todo el Antiguo Testamento nos habla desde su comienzo de Dios, fuente primera de toda existencia y de todos los seres. Él es el Creador de cielos y tierra (Gén. 1,1) (Ex. 20,11), y se nos manifiesta ya como *Padre* en el profeta Isaías (63,16), y también en Malaquías (1,6), si bien más claramente en el N.T. donde vemos que Jesucristo nos enseñó a lla-

marlo PADRE, al enseñarnos el Padrenuestro (Mt. 6,9).

Dios PADRE es la 1.ª Persona de la Santísima Trinidad (y es Persona porque vemos que habla a Adán y Eva, a Caín, a Noé, a Abraham, etc.).

2.º En los Evangelios y en todo el N.T. aparece la revelación clara del Verbo (la Palabra del Padre, Jesucristo) que es Dios y se encarna para redimirnos (Jn. 1,1 y 14). Fue enviado por Dios Padre al mundo, porque nos amaba (Jn. 3,16-17), y se declara Hijo de Dios...

El HIJO DE DIOS hecho hombre, o sea, Jesucristo es la 2.ª Persona de la Santísima Trinidad.

3.º Los Hechos de los apóstoles empiezan hablándonos de la promesa hecha por Jesucristo a sus apóstoles de enviarles el Espíritu Santo (de cuya personalidad ya les había hablado caps. 14,15 y 16 de S. Juan), y luego vemos que se cumplió esta promesa en el día de Pentecostés (Hech. 1,8; 2).

El ESPIRITU SANTO es la 3.ª Persona de la Santísima Trinidad.

¿Quién es el Espíritu Santo?

El Espíritu Santo es 1) la 3.ª Persona de la Stma. Trinidad, 2) que procede del Padre y del Hijo, y 3) es Dios como ellos.

1) **El Espíritu Santo es una Persona** (y es la 3.ª de la Trinidad, porque el Padre, según aparece en la Biblia no tiene origen o principio de otra persona, y por eso se llama 1.ª Persona; pero luego vemos que el Hijo procede del Padre, y por eso decimos que es la 2.ª, y el Espíritu Santo por proceder del Padre y del Hijo à la vez, decimos que es la 3.ª).

– **El Espíritu Santo es una Persona real** (no n soplo o energía, como dicen los testigos de Jehová). Es una Persona, por estas razones:

1.ª Por la fórmula trinitaria del bautismo (Mt. 28,19) donde el Espíritu Santo es equiparado al Padre y al Hijo, que realmente son Dios.

2.ª Por el nombre de *Paráclito* (Consolador, Abogado), que no puede referirse sino a una Persona (Jn. 14,16 y 26).

3.ª Porque se le atribuyen las propiedades personales de *enseñar* (Jn. 14,26), *hablar* (Jn. 16,13), *dar testimonio de Cristo* (Jn. 15,26); *predecir acontecimientos futuros* (Jn. 16,13; Hech. 21,11). Ahora bien, el hablar, dar testimonio... son propiedades personales. Luego el Espíritu es una Persona.

2) **El Espíritu Santo es una Persona distinta del Padre y del Hijo,** porque estos son los que lo envían, y dice Jesucristo expresamente: «Yo rogaré al Padre y os dará *otro* Abogado...» (Jn. 14,16). El Espíritu Santo es el enviado.

3) El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y como de un solo y único principio, pues como dijo Jesucristo: *Todo lo que tiene el Padre es mío»* (Jn 16,7). La Escritura Santa dice que el Espíritu Santo es «el *Espíritu del Padre*» (Mt. 10,20; Jn. 15,26) y es también *«el Espíritu del Hijo»* (Gál. 4,6; Hech. 16,7), expresiones que indican relaciones distintas entre sí, las cuales se identifican con la esencia divina.

Y la Iglesia nos lo enseña en el Credo: «Que procede del Padre y del Hijo y por ser Dios como ellos recibe la misma adoración y gloria...».

El Espíritu Santo, aunque procede del Padre y del Hijo, no es posterior a ellos, sino también es eterno, pues como dijo Tertuliano: «El Espíritu Santo es Dios de Dios, como la Luz se enciende de la luz». Santo Tomás dice: «El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, como el calor procede del sol y de la luz»...

4) El Espíritu Santo es Dios.

– Porque a Él se le aplican indistintamente los nombres de «Espíritu Santo» y de «Dios», pues «mentir al Espíritu Santo es mentir a Dios» (Hech. 5,3-4).

– Porque a Él se le atribuyen los atributos y prerrogativas de la divinidad: El posee la plenitud del *saber;* es Maestro de toda verdad,

predice las cosas futuras (Jn. 16,13); escudriña y sabe los más profundos secretos de la divinidad: *«Las cosas de Dios nadie las conoce, sino el Espíritu de Dios»* (1 Cor. 2,11), y Él es el que inspiró a los profetas del A.T. (2 Ped. 1,21; Hech. 1,16). Además todas las cosas hechas por Dios, lo fueron por el Espíritu de su boca (Sal. 33,6). El Espíritu del Señor llena toda la tierra (Sab. 1,7).

Advertencia:

El Espíritu Santo se ha mostrado en *forma de paloma* en el bautismo de Jesús (Mt. 3,16). También *en lenguas de fuego* el día de Pentecostes (Hech. 2,3). Estos son símbolos y figuras para manifestar los efectos que produce.

El Espíritu Santo con la gracia nos infunde sus siete dones (Véase mi libro: *«¿Quién es el Espíritu Santo?»*).

Pablo VI dijo un día: «La Iglesia tiene necesidad de su Pentecostés permanente..., tiene necesidad de ser templo del Espíritu Santo, es decir, de limpieza total y de vida interior... Tiene necesidad del Espíritu Santo en nosotros, en cada uno de nosotros, y en todos nosotros juntos, en nosotros-Iglesia».

VEN ESPIRITU SANTO, LLENA LOS CORAZONES DE TUS FIELES, Y ENCIENDE EN ELLOS EL FUEGO DE TU AMOR.

6.º ¿Quién es el Papa y quién es la Iglesia?

1) ¿Quién es el Papa?

El Papa es el Obispo de Roma, Vicario de Cristo en la tierra, que hace sus veces en el gobierno de la Iglesia.

Para saber bien quién es el Papa y qué es la Iglesia, conviene sepamos que en la Biblia aparece Jesucristo como el fundador de la Iglesia, la que quiso fundar de *un modo inmediato y personal* durante el tiempo de su vida sobre la tierra, y comenzó a fundarla con sus discípulos, de entre los cuales eligió a doce, que llamó *apóstoles* (Lc. 6,12-13) y al frente de ellos puso a Pedro, que fue el primer Papa de su Iglesia, y les encargó que predicaran su doctrina: *«Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, se salvará, mas el que no creyere se condenará»* (Mc. 16,15-16).

Cuando fue elegido Juan Pablo II, la nota oficial que se facilitó en la sala de prensa del Vaticano, en la que mil informadores fueron partícipes, por igual, de esta sorpresa, fue la siguiente:

«El cardenal Wojtyla es el nuevo pastor de la Iglesia universal, Vicario de Cristo y obispo de Roma, sucesor del príncipe de los apóstoles,

principio, fundamento y unidad de todo el pueblo de Dios» (16-10-1978).

En estas breves palabras se nos dice en resumen quién es el Papa y cuáles son sus poderes. El Papa, pues, es el Vicario de Cristo, que tiene potestad plena, suprema y universal sobre la Iglesia. Él es el sucesor de San Pedro.

Desde San Pedro a Juan Pablo II ha habido 264 Papas (cuya lista de todos ellos puede verse en mis dos libros: «Historia de la Iglesia», y en «Pedro, primer Papa. De Pedro a Juan Pablo II»).

El Jefe supremo de la Iglesia

Jesús hizo a Simón Pedro príncipe de los apóstoles, y jefe supremo de su Iglesia, pues a él le dijo:

«Tú eres Pedro (piedra) y sobre esta piedra edificaró mi Iglesia, y las puertas del infierno (las herejías y persecuciones) no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares en la tierra será atado en el cielo, y cuanto desatares en la tierra será desatado en el cielo» (Mt. 16,18-19).

Pedro, en lengua aramea (en la que hablaba Jesús), es *Cefas*, que significa *piedra*. l fundamento de la Iglesia es Pedro, quien con su autoridad le da unidad a toda ella. Los sucesores

de Pedro son los Papas, y los sucesores de los apóstoles son los obispos.

Perpetuación de la jerarquía. Esta es una consecuencia de la indefectibilidad de la Iglesia, pues Cristo dijo a sus apóstoles: *«Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin de los siglos»* (Mt. 28,20). De hecho vemos que los apóstoles conforme al mandato del mismo Cristo, comunicaron sus poderes a otras personas, mediante la imposición de las manos (Hech. 14,23; 1 Tim. 4,14).

San Pablo hizo obispos a Timoteo y a Tito, y éstos como los demás apóstoles, constituían presbíteros por las diversas ciudades (Tito 1,5; 2 Tim. 1,6), pues eran *«puestos por el Espíritu Santo para apacentar la Iglesia de Dios»* (Hech. 20,28), y así han continuado durante veinte siglos hasta nuestros días como puede comprobarse por la Historia.

A los apóstoles y sus sucesores son a los que Jesucristo ha dicho: *«El que a vosotros oye, a Mí me oye, y el que a vosotros desprecia, a Mí me desprecia»* (Lc. 16,16).

Deber de todo católico es obedecer al Papa, porque obedeciéndole a él, obedecemos a Jesucristo y sus enseñanzas. Los últimos Papas que hemos conocido han brillado como antorchas del saber. Ellos presiden los Concilios y en sus numerosas encíclicas señalan y enseñan a resolver todas las dificultades que aquejan a la

sociedad contemporánea. Y ¿qué decir de la figura tan prestigiosa y significativa de Juan Pablo II? Todos reconocen que es un gran teólogo y filósofo, experto en moral y en teoría del marxismo, con gran sentido de la modernidad, con profunda ternura mariana, luchador por la fe, apasionado y amante del Concilio, hombre enérgico y piadoso, gran sabio humilde y políglota. A él le aplicó Fulton Sheen la frase del poeta Slovci: «Un Papa eslavo limpiará las iglesias y las dejará hermosas».

2) ¿Quién es la Iglesia?

La Iglesia es una sociedad o «congregación de los fieles cristianos», fundada por Jesucristo, cuya cabeza visible es el Papa. Es decir, la Iglesia es una comunidad de fieles bautizados que tienen una misma fe o doctrina, unos mismos sacramentos y obedecen a la autoridad de Jesucristo, o sea, a su representante, el Papa.

Jesucristo fundó una sola Iglesia, que, por tanto, es la única verdadera. Las notas o caracteres por las cuales la Iglesia de Jesucristo se distingue de todas las demás, son cuatro: Una, Santa, Católica y Apostólica.

– **La Iglesia es una y única.** Cristo así lo quiso, pues dijo en singular: *«Sobre esta piedra edificaré MI Iglesia»* (Mt. 16,18), y en ella hay

unidad de fe, de sacramentos y de gobierno, es decir, tiene un mismo «Credo», y obedece al mismo Jefe que es el Papa...

– **La Iglesia es santa,** porque Cristo, su fundador, es santo, y santa su doctrina y los sacramentos que santifican a las almas... y quienes necesitan purificación son sus miembros pecadores.

– **La Iglesia es católica,** porque Cristo quiso que fuera universal y llegara a todos los pueblos: *«Id, predicad el Evangelio a todas las gentes... Id por el mundo entero...* (Mt. 18,19; Mc. 16,15).

– **La Iglesia es apostólica,** porque tiene su origen en los apóstoles, y el Papa y los obispos son legítimos sucesores de los apóstoles.

Por las *notas* expuestas la Iglesia católica se distingue de todas las demás, pues sólo convienen a ella. Ninguna de las iglesias o sectas existentes hay que pueda trazarnos su genealogía desde los apóstoles:

– *La iglesia luterana,* fue fundada por Lutero en 1517.

– *La Iglesia anglicana,* por Enrique VIII en 1534.

– *La secta de los Mormones,* por José Smith en 1830.

– *Los Adventistas,* por Guillermo Miller en 1831..., dividida en 1844...

– *Los Testigos de Jehová,* fundada por

Carlos Taze Rusell en 1870... (Para conocer bien esta secta y las diversas existentes, véanse mis libros: *«Los testigos de Jehová, su doctrina y sus errores»*, y *«La religión verdadera y las diversas sectas»...).*

– *Los Orientales separados,* descienden de los apóstoles y tienen sacramentos válidos, mas no tienen unidad con el Papa ni catolicidad.

Condiciones para pertenecer a la Iglesia y ser católico

Son necesarias estas tres: 1.º Creer en Jesucristo y su doctrina, 2.º Estar bautizado, y 3.º Obedecer al Papa...

7.º ¿Cuál es la religión verdadera?

Antes de contestar directamente a esta pregunta, contestaremos a estas otras. ¿Existe la religión o hecho religioso? ¿Cuántas religiones hay? ¿Son iguales todas las religiones?

1.º ¿Existe la religión o hecho religioso? No cabe duda que la religión es un hecho universal porque abarca a todos y a todos los tiempos, pues no hay pueblo ni tribu sin cultura que no haya admitido la existencia de un poder o ser trascendente, o sea, un Ser Supremo, al que llama Dios, y la Historia de las religio-

nes nos demuestra irrefutablemente que no ha existido ningún pueblo sin religión.

Cicerón, gran orador y político romano (106-43 a.C.) dijo: «No hay pueblo tan salvaje, ni hombre tan rudo que no crea en Dios, aunque desconozca la naturaleza de éste... ¿Quien es tan necio que mirando al cielo no sienta que existe Dios?».

En consecuencia: La religión existe, porque existe Dios creador y existe el hombre hechura suya, y por tanto éste es un ser dependiente de Dios, al cual debe adorar. Los dos polos necesarios a la esencia de la religión son Dios y el hombre. Si rechazamos a Dios ya no podría haber religión, porque religión es el lazo que une al hombre con Dios.

2.º ¿Cuántas religiones hay en el mundo? Todas las existentes las podemos reducir a estos tres grupos:

1) El paganismo, conjunto de religiones politeistas (o adoradores de varios dioses), que no dejan de tener algunas doctrinas piadosas y hasta morales, pero desfiguradas, como (el Confucionismo), hinduismo, budismo, etc.

2) El Judaismo y Mahometismo o Islamismo, que son monoteistas (o adoradoras de un solo Dios) y tienen sus puntos de contacto con la Biblia.

3) El Cristianismo, con bautismo y fe en Cristo...

Dejando a un lado las religiones no cristianas (que pueden verse valoradas en mis libros: *«Los grandes interrogantes de la Religión»*, y también en *«Breve Teología, fundamentada en la Biblia»*), fijémonos en el Cristianismo.

– EL CRISTIANISMO. Éste fue fundado por Jesús de Nazaret, el Cristo Mesías, llamado también Jesucristo (del que ya hablamos en el interrogante 3.º).

Algunos han querido considerar a Jesús como un fundador más, junto a Buda, Confucio, Mahoma, etc.; pero es necesario reconocer que entre Él y los demás fundadores de religiones existe una diferencia esencial, pues es enteramente distinto y los supera a todos.

– **Por el prestigio de su Evangelio,** la Buena Nueva de la Redención de todos los hombres, «el primero de todos los códigos sociales», como dijo Pío XII, y nos lleva al conocimiento del mismo Cristo. Es el libro más leído, el que ilumina los pasos de los mortales...

– **Porque su religión es universal,** que abarca todos los continentes, mientras que las demás religiones no se extienden más que por zonas limitadas...

– **Por la persona misma de Jesús,** porque sólo Él es Dios y hombre a la vez. Ningún otro fundador de religiones se le puede equiparar. Él fue concebido por obra del Espíritu Santo, nacido de la Virgen María..., fue crucificado,

muerto y sepultado, y resucitó al tercer día de entre los muertos para nunca más morir, y subió al cielo... y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

El Cristianismo no tiene igual. Sólo Jesucristo es *«el autor de la vida»* (Jn. 11,27; Hech. 3,15); *el Juez universal* (Mt. 25,31); *el perdonador de los pecados* (Mc. 2,5-7)... El que ha hablado como Dios al decir que tiene *«todo el poder en el cielo y en la tierra»* (Mt. 28,18)...

3.º ¿Son iguales todas las religiones? No son iguales. Ciertos pensadores no católicos, con tendencias racionalistas y evolucionistas han pretendido atacar al Cristianismo, queriendo sostener que éste era como las demás religiones, y por tanto no había diferencia entre religiones verdaderas y falsas, sino que todas eran igualmente verdaderas, y a este fin han recurrido a la llamada «Historia comparada de las religiones».

El evolucionismo intentó demostrar que así como en la naturaleza hay evolución de la imperfección a la perfección, igualmente las formas religiosas. En consecuencia, por no alargar este trabajo, tenemos que decir que el materialismo y el evolucionismo que se unieron para buscar el origen de la religión no en el más allá sino en el más acá, o sea, que la religión había sido creada por el hombre, son errores manifiestos, pues el Cristianismo es

una religión incomparable, que debe su origen a una intervención directa de Dios en la historia humana y por tanto es sobrenatural.

No hay más que una sola religión verdadera. La verdadera religión es la que nos viene de Dios, la que Él nos ha revelado, y ésta es solamente la religión cristiana, la fundada por Jesucristo, que es la católica.

Existen confesiones cristianas distintas de la católica, pero sólo en ésta se encuentra plenamente la verdad cristiana.

Algunos dicen: «Todas las religiones son buenas», pero esto no es cierto. La razón por la cual no puede haber más que una religión buena y verdadera es porque no hay más que un solo Dios, una sola revelación y una sola manera de honrarle.

La religión verdadera tiene unos mismos dogmas, una misma moral y un mismo culto establecido por Dios, y si Él ha establecido una manera de servirle, no se le puede servir de manera diferente. Y si ha revelado una sola verdad no puede haber otras.

No se diga, pues, que «todas las religiones son buenas». ¿Acaso lo son todas las monedas? Lo mismo sucede con la religión; y las falsas suponen la verdadera. Decir que todas las religiones son buenas, es tomar a Dios por un «ser diferente» para la verdad y para el error. Una religión para ser buena debe agradar a Dios, y

como Dios es la Verdad, una religión falsa no puede agradarle.

¿Por qué la religión católica es la única verdadera?

1.º Por el cumplimiento de las profecías. Predecir con certeza los sucesos futuros, que dependen de la libre voluntad del hombre, es cosa que sólo Dios puede hacer (Is. 41,23). Ahora bien, los misterios de la Religión cristiana y lo relativo a la venida de Jesucristo fueron vaticinados, con muchos siglos de anticipación, y todos se verificaron puntualmente. Para convencerse basta comparar el Antiguo con el N.T. (Véase el interrogante 3.º.)

2.º Por los milagros obrados por Jesucristo y por los apóstoles y sucesores. (Véanse muchos de ellos en los Evangelios. Son sello de que su religión es divina.)

3.º Por la propagación de la misma religión con medios muy pobres... y por pocos hombres de condición humilde... y habiéndose *conservado y perseverado* a pesar de tantos obstáculos: herejías, persecuciones crueles y sangrientas con millares y millares de mártires... y habiéndose extendido predicando *austeridad y vencimiento de pasiones...* Estas son verdaderas pruebas...

8.º ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy?...

He aquí unos interrogantes trascendentales y siempre actuales. El gran Pontífice Pío XI dijo: «Los gravísimos problemas que siempre han preocupado profundamente al género humano son los de su origen y de su fin; de dónde viene el hombre y a dónde va»; pero ¿quiénes piensan en esto?

1.º ¿De dónde vengo? Cada uno debe hacerse esta pregunta: ¿De dónde vengo yo? Hace cien años yo no existía ni existía la generación presente, y dentro de 50 o pocos más años existirá otra nueva generación. Como dice el Eclesiastés: *«Una generación pasa y otra le sucede, más la tierra siempre permanece»* con relación a las generaciones que pasan (1,4).

¿Quién me ha puesto a mi en el mundo? Si nos remontamos a la primera página de la Biblia veremos que *«Dios creó el cielo y la tierra»* (Gén. 1,1) *«y cuanto hay en ellos»* (Sal. 24,1).

Dios es el creador del mundo y del hombre. Yo por tanto soy hechura de Dios. Dios sirviéndose de mis padres, me dio el cuerpo. Él creó luego mi alma, y tuvo lugar mi nacimiento a la vida temporal. En la misma Biblia leemos: *«Sabed que Yahvé es Dios; Él nos hizo y somos suyos»* (Sal. 100,3). Vengo, por tanto, de Dios.

2.º ¿A dónde voy? El hombre es un viajero. La Escritura Santa nos dice: *«Somos peregrinos y viajeros sobre la tierra»* (Heb. 11,13). *«No tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna»* (Heb. 13,14). Estamos, pues, aquí de paso. Bien podemos decir que el hombre viene de Dios y a Dios va, según esta frase también de la Escritura: *«El cuerpo volverá a la tierra de la cual ha sido formado, y el espíritu volverá a Dios que le dio el Ser»* (Ecl. 12,7). Yo sé que hace 50, 60, 80... años que no existía (y esto lo podrá decir cada uno según su edad), y dentro de poco o pocos más no existiré: *«Pocos son los años que me restan, y es sin vuelta el camino por donde voy»* (Job 16,22).

El hombre en este viaje sobre la tierra busca la felicidad. Es un hecho cierto que todos queremos ser felices. En nuestro corazón existen ansias de felicidad, y todos soñamos en ella, y la buscamos, pero ¿dónde está?

Los hombres suelen poner la felicidad en las riquezas, los honores y los placeres. Los que aspiran a enriquecerse, aunque lleguen a poseer toda clase de riquezas, fincas, palacios... ¿acaso no los vemos cercados de alguna enfermedad, dolor inquietudes y ansiedad? ¿Será feliz el hombre poseyendo todos los bienes de la tierra y luego tenerlos que dejar a otros a la hora de su muerte? Imposible. Siempre hay

algo que le hastía y le deja el corazón vacío...

Tenemos ejemplos elocuentes. Veamos algunos:

– *Salomón,* que disfrutó de toda clase de riquezas, honores y placeres, terminó diciendo al final de su vida: *«Vanidad de vanidades, todo vanidad»...*

– *San Agustín,* después de una vida de pecado, se volvió a Dios y dijo: «Nos hiciste, Señor, para Ti, e inquieto está nuestro corazón mientras no descanse en Ti».

– *Eva Lavaalière,* joven actriz, de estos últimos tiempos, a quien el público de París idolatraba, cuando corría tras los placeres y diversiones del mundo, dijo en la intimidad a su amiga: «Leo, tengo cuanto se puede ambicionar en este mundo para ser feliz, oro, autos, joyas... y sin embargo soy la más desgraciada de las mujeres». En el mundo todo lo había encontrado MENOS... la felicidad. Un día mirando al cielo acertó con la senda de la felicidad, que en vano había buscado por los caminos del mundo. Entonces vuelta a Dios por una confesión sincera de todos sus pecados y el arrepentimiento de su mala vida, fue cuando se le oyó exclamar: «Nunca he sido más feliz que el día que encontré a mi Dios».

3.º ¿Para qué estoy en el mundo? A los dos anteriores interrogantes tenemos que añadir éste y decirnos en serio: ¿Cuál es mi fin? No es

el de los mundanos, de los que no piensan en el más allá, que dicen: *«Comamos y bebamos que mañana moriremos»* (Is. 22,13)... y ¿podremos llamar felicidad el disfrutar unos días de esta vida y luego morir y dejar aquí las riquezas y todo? Si su felicidad se limita con la muerte, ¿cómo podrán llamar felicidad lo que no es eterno?... Bien podemos decir: «Palacios, fincas de recreo, ciudades, casas, tierras, oro y plata, decirme: ¿Cuántos dueños habéis tenido? ¿Cuántos tendréis todavía?...».

En consecuencia: El hombre no ha nacido para los bienes de este mundo. Nuestra felicidad, nuestro fin último, no está en la tierra, está en Dios infinito y eterno, que ha puesto en nosotros aspiraciones infinitas, y sólo Él por poderlas colmar es nuestro último fin. Y esto es lo que dijo San Agustín: «Nos hiciste, Señor, para Ti, e inquieto está nuestro corazón, mientras no descanse en Tí».

La Escritura Santa nos dice: *«Dios señaló al hombre un número contado de días, y le dio dominio sobre la tierra, y le dio inteligencia, lengua oídos y ojos para que viera la grandeza de sus obras, para que alabara su santo Nombre y pregonara la grandeza de sus obras. Y les dijo: Guardaos de toda iniquidad»* (Eclo. 3,7 ss.).

Con parecidas palabras el libro sagrado del Eclesiastés nos dice: *«Teme a Dios y guarda*

sus mandamientos, pues esto es el hombre todo» (12,13), es decir, esta es la razón de ser del hombre, éste es su fin, para esto está en el mundo y para esto ha sido creado: para conocer y amar, alabar y glorificar a Dios mediante el cumplimiento de sus santos mandamients en esta vida y después ser eternamente feliz con Él en el cielo.

Conviene que sepamos que Dios es eternamente feliz y si quiere que le glorifiquemos es para nuestro bien, pues Él no lo necesita. Como dice San Agustín: «La gloria de Dios es gloria nuestra. No crece Dios con nuestras alabanzas, ni se hace mejor, porque le alabes, ni peor si le vituperas. Tu alabándole, te haces mejor, y vituperándole o blasfemando te haces peor. Él sigue siendo el mismo».

9.º ¿Cómo explicar el enigma del dolor y de la muerte?

Hay cosas que pueden explicarse por la luz de la razón humana, y otras solamente por la luz más potente de la fe, o sea, por la Biblia el libro de la revelación divina, como son éstas del dolor y de la muerte.

Hay una frase en la Biblia, que es clave para entender este enigma, y es ésta: *«Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el*

pecado la muerte; y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos habían pecado» en Adán (Rom. 5,12).

Los efectos o consecuencias de este pecado, llamado «original» porque trae origen de nuestros primeros padres «Adán y Eva», fueron estos: Pérdida de la gracia santificante (o amistad con Dios) para sí y para sus descendientes, quedando todos sujetos al trabajo penoso, al dolor y a la muerte.

Y por aquel pecado la tierra quedó maldita, daría espinas y abrojos, y los hombres comerían el pan con el sudor de su rostro. El pecado original fue, pues, origen primario de todos los males.

A la luz de la Biblia nuestro dolor no tiene más explicación que la malicia del pecado, y nos vemos obligados a reconocer con Juan Pablo II que «el pecado es la raiz más honda de todos los males en la historia de los hombres» («Dives in misericordia». 8).

En consecuencia: El origen del mal y de los sufrimientos: hambre, pestes, guerra, muerte..., es el primer pecado de nuestros primeros padres y los pecados personales de los hombres, según nos lo dice la Sagrada Escritura.

Ejemplos de castigos divinos y sufrimientos:

– ¿Por qué mandó Dios el diluvio universal? Porque la tierra estaba llena de iniquidad (Gén. 6,13).

– ¿Por qué luego mandó otro diluvio de fuego que destruyó las ciudades de Sodoma y de Gomorra? Porque sus pecados de impureza clamaban venganza al cielo (Gén. 18 y 19).

– ¿Por qué castigó Dios a los israelitas a través del desierto y más tarde los condujo al destierro? Porque no obedecieron sus mandamientos inculcados por los profetas, y *«por haber pecado contra Yahvé, su Dios»* (2 Rey. 17,22).

Otros males y enfermedades que sufren los hombres son el resultado de la sensualidad y de la intemperancia: (Véase cómo muchos sufren por *glotonería* (Eclo. 31,24 y 27; 37,33-34); por *embriaguez* (Eclo. 31,36-40; Ef. 5,18...); *por darse al deleite* o placeres impuros... (Prov. 21,27)...

La cuestion del problema del dolor la veríamos con mayor claridad, si pensáramos que la causa de muchas desgracias, miserias y enfermedades no es otra que el hombre. En los Proverbios leemos: *«La necedad del hombre tuerce sus caminos y luego le echa la culpa a Dios»* (19,3). Hay que reconocer que muchas veces nos quejamos de la Providencia, cuando los verdaderos autores de nuestras desgracias hemos sido nosotros mismos con nuestro obrar irreflexivo e imprudente.

¿Cómo podremos esclarecer el misterio del dolor?

Este misterio es posible esclarecerlo, pero sólo a la luz de los sufrimientos de Cristo, el Hijo de Dios. Él quiso sufrir y morir para salvarnos a nosotros, pues era tan grande la malicia del pecado, que sólo Él podía ofrecer al Padre una satisfacción cumplida por nuestros pecados. Notemos que Jesucristo es Dios y hombre a la vez, como hombre pudo sufrir y como Dios pudo dar a sus sufrimientos valor infinito de reparación.

Preguntemos de nuevo: ¿Por qué Dios quiso así redimirnos mediante el gran sufrimiento de Jesucristo en la cruz y no buscó otro medio exento del dolor? ¿Cómo explicar esto? Este misterio no tiene otra explicación que su gran amor a los hombres. Así nos está revelado:

«Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo... para que sea salvo por Él» (Jn. 3,16-17). *«El amor de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios envió al mundo a su Hijo Unigénito... como propiciación por nuestros pecados»* (1 Jn. 4,9-10). *«Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras»* (1 Cor. 15,3).

El profeta Isaías, ocho siglos antes, anunció su Pasión diciendo de Jesucristo, que era *«el varón de dolores..., que tomó sobre sí nuestros*

sufrimientos... y fue traspasado por nuestros pecados..., maltratado como cordero llevado al matadero...» (1 Cor. 15,3).

Como vemos, Dios quiso redimirnos mediante el sufrimiento, para así mostrarnos el gran amor que nos tenía, mostrarnos más su santidad y su justicia, y para que nos diéramos cuenta de la enormidad del pecado y gravedad de la ofensa.

¿Qué debe hacer el cristiano ante el dolor? Aceptarlo en satisfacción de sus pecados, abandonarse a la voluntad de Dios, y orar así como Cristo nos enseñó: *«Hágase tu voluntad...»*, y no escandalizarse porque el malo prospere y aparezca feliz en esta vida, mientras el bueno pasa por tantas calamidades, porque, como dice el salmista: «su felicidad es *aparente y pasajera...* No envidies a los que hacen el mal, porque vana es su felicidad porque morirán pronto y no podrán llevar consigo sus riquezas...» (Sal. 37,49 y 73).

¿Por qué permite Dios el dolor y tantas desgracias? Según la Biblia, las permite unas veces como *castigo, expiación y enmienda* de nuestros pecados y como *prueba* de las almas justas y para *despegarnos* de este mundo de destierro, o sea, de los bienes terrenos y obligarnos a volver a Dios y pensar más en el cielo, nuestra verdadera Patria..., y para *salvación* de todos..., y también para dar ocasión a Dios

de manifestar su poder al librarnos del sufrimiento, como en las curaciones milagrosas (Jn. 9). Muchas veces el sufrimiento es un medio de que Dios se vale para salvar al hombre obstinado en el pecado...

¿Qué remedio hay contra el dolor? No hay otro remedio que el mirar a Jesucristo. «Mira a Jesucristo crucificado y no te quejarás. Contra la mordedura de esta serpiente del dolor, todo hombre atribulado debe levantar su mirada a Jesucristo puesto en la cruz, y oir que nos dice a todos: *«Venid a Mi todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que Yo os aliviaré»* (Mt. 11,28). *«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida»* (Jn. 14,6).

Cristo es el Camino, también en el sufrimiento, porque Él nos precedió llevando la cruz a cuestas, y nos dice: *«Si alguno quiere venir en pos de Mi niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame»* (Mt. 16,24).

La vida es lucha. Después de una tentación vendrá otra. Hay que seguir peleando. Por la cruz a la luz. *«Por muchas tribulaciones hemos de pasar para entrar en el reino de los cielos»* (Hech. 14,21) (Para más amplitud de conceptos, véase mi «Catecismo sobre el dolor».)

Los padecimientos de esta vida no son nada en comparación de la gloria que nos espera (Rom. 8,18). Todos los santos han sido amantes de la cruz y han sabido soportar sus dolores

con amor y hasta con alegría por imitar a Cristo que fue por el camino de la Cruz.

10.° ¿Hay otra vida después de ésta?

Muchos no creen o no piensan que hay otra vida. Su fin es temporal, pues sólo ponen su felicidad en tener mucho dinero para comer y beber o gozar de los placeres de los sentidos; pero los bienes terrenos no son el fin de nuestra vida breve, sino sólo medios para el fin.

¿Podrá el hombre que acapara riquezas encontrar en ellas la felicidad al pensar que las tiene que dejar a otros con la muerte? ¡Cuántos acaparan sin saber para quién! Mas es necesario reconocer que hay un más allá y no todo termina con la muerte. Y esto nos lo dice la razón natural y la revelación divina.

1) La filosofía, o sea, la misma razón humana nos dice que el alma es *espiritual,* porque no está ligada a las leyes de la materia ni en su ser ni en sus operaciones específicas como son el *amar, querer, entender,* etc. Y por ser *inteligente y libre* en su voluntad, vemos que es capaz de conocer lo bello y lo bueno, lo justo y lo verdadero... y tiene capacidad de amar el bien... y ansias de dominar el mundo.

Si vemos que el alma que anima al cuerpo es un ser *inteligente*, que *vive, siente, piensa y*

obra libremente... y vemos que ella piensa y raciocinia y habla y conoce el bien y el mal, y que cuando obra el mal siente remordimientos, y si obra el bien siente alegría y satisfacción, ¿acaso no nos dice todo esto que tenemos un alma espiritual, inmortal y libre?

En consecuencia: Si nuestra alma produce actos espirituales, es porque ella es espiritual, de lo contrario los actos u operaciones (efecto) serían superiores a ella (o sea, a la causa de las mismas)... Y nuestra alma por ser espiritual es inmortal...

2) El más allá a la luz de la fe. A esta luz es evidente que nuestra alma es espiritual e inmortal. Veamos unas pocas pruebas:

1.ª Dios nos promete una vida futura con premios y castigos eternos, y así nos dice: Los malos *«irán al suplicio eterno y los justos a la vida eterna»* (Mt. 25,46). Luego el alma vivirá eternamente.

2.ª Jesucristo nos lo dice así: *«No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que el alma no pueden matarla; temed más bien a Aquel que puede perder el alma y el cuerpo en el infierno»* (Mt. 10,28).

3.ª Al referirse Jesucristo a estas palabras del Exodo: *«Yo soy el Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob* (3,6), termina diciendo: *«Dios no es Dios de muertos, sino de vivos»* (Mt. 22,32). Con esto afirmó la inmortali-

dad del alma, pues Abraham, Isaac y Jacob continuan viviendo... Y en la otra vida no habrá casamientos, sino todos serán como los ángeles de Dios.

4.ª En el libro de la Sabiduría (2,23), leemos: *«Dios creó al hombre para la inmortalidad...»*. No hay duda que el alma del hombre es inmortal por naturaleza...

Además todos los pueblos de la tierra han admitido siempre la inmortalidad del alma. ¿No nos dice algo el culto a los muertos, las oraciones y Misas ofrecidas, las visitas al cementerio, los monumentos erigidos sobre sus sepulcros, y el clamor a la justicia divina para que recompense a los buenos y castigue a los malos?

En la Biblia también leemos que al morir: *«Nuestro cuerpo volverá a la tierra de la que fue formado, y el alma volverá a Dios que le dio el ser»* (Ecl. 12,7). Y en otro día final tendrá lugar la resurrección: *«Llega la hora en que cuantos están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios. Y saldrán los que han obrado el bien para resurrección de vida, y los que hicieron el mal para la resurrección de condenación* (Jn. 5,28-29).

11.º ¿Existe el infierno? ¿Existe el cielo?

La fe católica apoyada en la revelación divina, reconoce cuatro «novísimos» o lo último que sucederá a cada hombre: muerte, juicio, infierno y gloria. La Escritura dice: *«Está establecido morir una sola vez, y después de esto el juicio»* (Heb. 9,27)... y a partir del juicio, unos, los impíos *«irán al suplicio eterno», «y los justos a la vida eterna»* (Mt. 25,46).

1.º ¿Existe el infierno?

No podemos ponerlo en duda. No es una fábula, sino una tremenda realidad. Es un dogma de fe, verdad revelada más de veinte veces en las Sagradas Escrituras, en el Antiguo Testamento y con mayor claridad en el Nuevo.

Hoy no faltan quienes digan: ¿para qué hablar del infierno? Mas deben darse cuenta que la fe nos dice que «las almas de los que mueren en pecado mortal van al infierno». Y ¿es que no podemos pecar mortalmente y caer en él? El infierno es, pues, un lugar y estado de eterna desdicha en que se hallan las almas de los réprobos.

Los saduceos y materialistas antiguos como os racionalistas y modernistas de hoy, lo niegan, pero es sin duda porque quisieran que no

existiera por temor a ser castigados en él por sus crímenes.

También dicen los ignorantes: Nadie ha venido del otro mundo a decirnos que existe el infierno. Y se equivocan, porque vino Jesucristo, el Dios hecho hombre, que nos habló claramente de él en el Evangelio.

Un día dirá a los impios: *«Apartaos de mi, malditos, al fuego eterno... y éstos irán al suplicio eterno»* (Mt. 25,41 y 46).

Notemos que el infierno es eterno, pues Jesucristo nos habla de un suplicio *eterno* y de fuego *eterno*. Y en el Apocalipsis leemos :*«El diablo que los extraviaba... será arrojado en el estanque de fuego y azufre... y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos»* (20,10).

Objeciones: Algunos dicen: No puede ser eterno el infierno, porque no se comprende la naturaleza de un fuego eterno. A esto diremos: No lo entenderemos dice San Agustín y San Jerónimo y otros Padres de la Iglesia con Santo Tomás, pero es un fuego real, instrumento de la justicia divina, que atormenta «de un modo admirable pero verdadero», fuego que arde, pero no consume las víctimas, como la zarza de Moisés que ardía sin consimerse.

Añaden: Dios es Padre misericordioso, pero también es justo, y si uno no quiere cuentas con Dios y le blasfema y conculca su ley,

Dios no es culpable de su perdición. Si uno cierra la ventana de su habitación para que no entre en ella el sol, ¿quién tiene la culpa de que no le alumbre?

Las penas eternas del infierno son dos: *la pena de sentido* o sea, los sufrimientos físicos, fuego eterno... y *pena de daño,* o sea, privación de poder ver a Dios, un apartamiento de Él para siempre.

Mucho podíamos hablar del infierno y aducir más textos, pero remito a mi libro: *«¿Existe el infierno?»*

Aunque para probar la existencia del infierno, bastan las palabras de Jesucristo, voy a aducir un ejemplo presenciado por miles de personas, que merece crédito.

El del Padre Baldinucci, italiano, del que se refiere en el proceso de su beatificación, que predicando en la diócesis de Veletri (Italia) en una plaza pública en primavera, llena de árboles frondosos dejó de hablar en medio de su sermón, y hecho gran silencio, dijo: «Lo mismo que en el otoño el vendaval arroja al suelo las hojas de los árboles, así he visto yo caer innumerables almas en el infierno». Y al momento todas las hojas verdes de aquellos árboles cayeron al suelo, lo que causó gran impresión en los oyentes, siendo todos ellos testigos.

¿Existe el cielo?

Hoy apenas se piensa en el cielo. Hay mucho materialismo. El comunismo ateo pone su paraíso en la tierra. Niegan el más allá, pero es necesario reconocer que «estamos en el camino que conduce a la Patria», que es el cielo.

La existencia del cielo es una verdad de fe. Jesucristo dice claramente: *«Los justos irán a la vida eterna»* (Mt. 25,46). Jesucristo después de llamar bienaventurados a los pobres, a los que sufren, a los que lloran, a lo que sufren persecuciones por ser buenos, les dice: *«Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo»* (Mt. 5,12), y a todos se nos anima a seguir sufriendo y soportando las contrariedades de esta vida, porque *«por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos»* (Hech. 14,21).

El cielo es nuestra verdadera Patria, pues *«no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna»* (Heb. 13,14). Aquí *«somos peregrinos»...* (Heb. 11,13).

El cielo es premio eterno, porque Jesucristo dice: *«Irán a la vida eterna». «Nuestra casa eterna está en el cielo»* (1 Cor. 5,1), y *«los sufrimientos, las penas, los trabajos de esta vida no son de comparar con aquella gloria eterna que debe resplandecer un día en nosotros»*

(Rom. 8,18). En el cielo ya no habrá hombre ni sed, ni lágrimas, ni dolores, ni muerte...

El cielo es un estado de felicidad inenarrable. San Pablo habla del cielo, de las revelaciones que tuvo y dice que *«oyó palabras inefables que el hombre no puede expresar»* (1 Cor. 12,4), y que *«ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le sirven y aman en esta vida»* (1 Cor. 2,9), y ¡cuántas cosas bellas hemos visto y oído, y concebido cosas maravillosas, y sin embargo todo palidece ante la grandeza y felicidad del cielo!

Hemos de saber que *«el reino de los cielos se alcanza a viva fuerza, y los que se la hacen a sí mismos, son los que lo arrebatan»* (Mt. 11,12). Se llega al cielo haciendo violencia a las pasiones, y para vencer es necesario nuestro esfuerzo personal con la gracia de Dios, y el camino seguro para llegar a él, es el cumplimiento de los Mandamientos, según la contestación que dio Jesucristo al joven que le preguntó: ¿qué tengo que hacer para lograr la vida eterna? y esta fue la respuesta: *«Guarda los mandamientos».* (Véase mi libro: *«¿Existe el cielo?»*).

12.º ¿Por qué creer lo que no vimos?

Algunos se atreven a decir que es contra la

razón creer, en general, lo que no se ve y también el creer cosas que nuestro entendimiento no puede comprender; mas éste es un principio falso, porque si así fuera, toda enseñanza sería imposible, ya que no se podría creer al maestro que da instrucción en Geografía, Historia o Ciencias naturales. Además tendríamos que rechazar muchos descubrimientos de las ciencias, porque no comprendemos cómo pueden haberse realizado..., y aunque muchas verdades religiosas superen nuestro entendimiento, no son por eso contrarias a la razón...

Para entender el problema de la fe, empecemos por decir qué es fe. *Fe* es creer lo que no vimos por el testimonio de otros. Hay *fe humana,* y es la que se funda en la palabra o testimonio de otros hombres, y *fe cristiana divina,* que se funda el la palabra de Dios, y es de la que aquí tratamos.

¿Qué es fe cristiana? Es creer en Jesucristo, aceptar su persona y su doctrina; es dar una respuesta favorable a la Palabra de Dios; es creer o tener por cierto lo que no hemos visto.

Notemos que nosotros no vimos nacer a Jesucristo en Belén, ni le vimos morir en el Calvario, ni subir al cielo desde el monte de los Olivos, ni tampoco hemos visto el cielo donde están los santos (ni el infierno, lugar de los condenados...), ni vemos a Jesucristo presente en la Eucaristía... y, sin embargo, todo esto lo

creemos porque Dios nuestro Señor así lo ha revelado y la Santa Madre Iglesia nos lo enseña.

Si creemos lo que nos dicen nuestros padres y maestros, que pueden fácilmente equivocarse, y a tantos otros que nos hablan de cosas que no hemos visto, ¿no será más razonable creer lo que nos dice Dios, que no puede engañarse ni engañarnos?

El planteamiento del problema de la fe es de suma trascendencia para entender porque hemos de creer cosas que no hemos visto. Fijémonos en esta escena evangélica: Jesús sube a una barca con sus discípulos. Se levanta una gran tempestad y las olas cubren la barca. Él se había quedado dormido, y los discípulos aterrados lo despiertan diciendo: *«Señor, sálvanos que pereceremos»*. Y levantándose mandó al viento y al alborotado: *«Calla, cálmate»*, y se aquietó el viento y se hizo una completa calma (Mc. ,37-41).

Los apóstoles al ver este gran milagro, llenos de temor, se decían: *¿Quién es Éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?»*

¿Quién es Éste? Ved aquí planteado el problema de la fe. ¿Quién es Jesucristo para que creamos en Él? ¿Qué doctrina es la suya? Esta, pues, es la pregunta más interesante: ¿QUIEN ES JESUCRISTO?

Notemos bien ahora que fe cristiana no es

creer en *algo*, sino en *alguien*, es decir, antes que creer en una cosa o una verdad, tenemos que creer en el autor de esa verdad, conocer bien su autoridad, y por eso decimos que «fe cristiana es ante todo creer en la persona de Jesucristo, que es Dios, y por su autoridad creemos en las verdades que Él nos ha revelado».

«Dios nos ha hablado muchas veces y de muchas maneras, antiguamente por medio de los profetas y últimamente por medio de su Hijo Jesucristo» (Heb. 1,1-2), y por sus apóstoles...

El fundamento de nuestra fe está en la autoridad divina... y sabiendo ya quién es Dios y quién es Jesucristo (véanse interrogantes 2.º y 3.º), forzosamente hemos de creer en Él y en todo lo relacionado con Él. Y ¿qué nos ha hablado? ¿Qué recitas en el «Credo»? ¿Qué lees en la Sagrada Escritura? o ¿qué oyes cuando te comentan el Evangelio en el templo?...

Estas cosas las ha hablado Dios. Tenemos, pues, que dar crédito a la palabra de Dios, y lo que tenemos que creer lo encontramos resumido en el «Credo».

El objeto de nuestra fe es la Persona de Jesucristo, que nos ha hablado y como consecuencia sus palabras o verdades reveladas en la Biblia e interpretadas por el magisterio de la Iglesia.

Necesidad de la fe

La fe es necesaria para salvarse. El mismo Jesucristo nos lo dice así: *«El que creyere (el Evangelio) y fuere bautizado, se salvará»* (Mc. 16,16), y el apóstol: *«Sin la fe es imposible agradar a Dios»* (Heb. 11,6).

El cristiano debe vivir conforme a la fe y confesarla *exteriormente* (1 Cor. 13,2; Rom. 10,10; Mt. 10,32).

Los adultos, como Dios no les da su gracia sin cooperación de ellos, es preciso que se preparen de alguna manera para recibir la fe (C. Trento. s.6). Dios comunica principalmente la fe: a los que se *esfuerzan* seriamente por conocer la verdad; a los que *piden* este don de la fe verdadera. Si muchos no alcanzan la fe cristiana es porque les falta *buena voluntad* o les ciega la soberbia.

Para comunicar la fe a los hombres, Dios se vale ordinariamente de la predicación del Evangelio (Rom. 10,17). Otros medios: la lectura de la Biblia y de buenos libros...

Motivos de credibilidad. Nosotros creemos la doctrina predicada por Jesucristo porque Él es Dios y porque con sus muchos milagros y profecías, especialmente porque con su resurrección confirmó la verdad de sus palabras, y porque así nos lo enseña la Iglesia fundada por

Jesucristo a la que tiene prometida su asistencia hasta el fin de los siglos (Mt. 28,20).

Nuestra fe debe ser viva, constante y universal..., mas la sola fe no basta para salvarnos, porque es preciso vivir *conforme a la fe* y confesarla ante los hombres.

13.º ¿Qué importancia tienen los Conventos de clausura?

Este tema es de gran trascendencia, y es necesario hablar de él, porque no faltan quienes digan: Yo no comprendo porque hay jóvenes que en plenitud de vida dejen el mundo y sus diversiones y entren en conventos de clausura, pues para mi estas monjas son seres inútiles e inactivas..., sin embargo comprendo más fácilmente la utilidad de las religiosas de enseñanza o las dedicadas a enfermos, a los pobres..., aunque yo no haría lo que hacen algunas que se arrodillan con una paciencia heróica ante un leproso o uno que está supurando pus de sus llagas, y ¡que lo hagan un día y otro!... Esto no sé explicármelo, pues yo no lo haría ni por cientos de miles de pesetas...; mas una religiosa que oyó esto mismo en un caso parecido, contestó: «Tampoco yo lo haría ni por todo el oro del mundo». Entonces ¿por quién lo hace? Lo hace por Dios, por lo que Él nos dice en el

Evangelio: *«Lo que hagáis a uno de estos pobres desgraciados, a Mi me lo hacéis«* (Mt. 25,40)...

Querido lector: Vamos a poner las cosas en claro, y voy a hablarte primero de cómo vive hoy la juventud y porque algunas abrazan la vida religiosa, y finalmente del valor que tienen los conventos de clausura.

1.º ¿Cómo vive hoy la juventud?

Hoy la juventud, ansiosa de felicidad, va por caminos del placer, visitan discotecas, entablan conversaciones con jóvenes sumergidos en el ambiente del mundo, de los que no suelen oir más que palabras groseras y obscenas..., y viene el despertar de las pasiones... y ¿qué sucede?, que unas jóvenes terminan perdiendo la pureza y la fe..., otras se ven llenas de dudas, de angustias y se ven tristes, porque el mundo no llena su corazón, y es que han nacido para cosas mayores...

El corazón humano siempre está sediento de algo que pueda llenarlo y como no lo llenan los placeres del mundo ni las diversiones frívolas que hay en él, por eso muchos jóvenes y muchas jóvenes, sin saberlo, tienen sed de Dios, sed de lo infinito, sed de cuanto nos dice Jesucristo en su Evangelio... y entonces mu-

chos deciden su futuro destino y piensan en la vida religiosa.

Si muchas jóvenes considerasen el valor y la belleza de una vida entregada a Dios, y preveyesen las cruces y sufrimientos que le esperan en el matrimonio, ¡cuántas se consagrarían a Dios y renunciarían a los placeres efímeros del mundo!

Si se dieran cuenta de la alegría y dicha de que disfrutan las religiosas y del camino seguro de salvación, no dudo que los institutos, casas religiosas y conventos se verían abarrotados de almas consagradas.

La vocación a la vida religiosa es una gracia especial, un don de Dios, que pide correspondencia y cierta valentía de nuestra parte, porque la vida consagrada exige vencimientos, pero estos proporcionan una alegría tal que el mundo no puede dar.

¿Por qué hay almas que dejan el mundo y se consagran a Dios? Por varias razones: 1.ª Porque han conocido el valor y grandeza de la virginidad, y por eso mismo se han decidido a ser totalmente para Dios. Algunos dicen: ¿Acaso una joven no siente el amor a los hombres? No hay duda que una joven siente como las demás el amor humano; pero por un *amor superior* deja todos los amores terrenos, y termina renunciando al matrimonio, al amor de todo hombre mortal...

2.ª Porque, como nos dice el apóstol, el tiempo presente es breve, y resta, por tanto, *que los que tienen mujer, vivan como si no la tuvieran, y los que lloran como si no llorasen, y los que se alegran como si no se alegrasen, y los que compran como si no poseyesen, y los que disfrutan de este mundo como si no disfrutasen, porque el aspecto de este mundo pasa rápidamente* (1 Cor. 7,29s).

También interesa valorar la vida presente a la luz de la muerte. Si yo fuera a morir ahora, ¿cómo quisiera haber vivido? De Carlos V se dice que al morir exclamó: «Hubiera preferido ser un monje portero de un Convento que rey de España».

3.ª Y esta es la causa principal: *Por amor a Cristo* que se nos presenta como Modelo que debemos imitar, pues por Él se imponen las almas ciertas renuncias: renuncias de casa, familiar, posesiones... y con su gracia se abrazan a toda clase de cruces que puedan sobrevenirles (véase mi libro *«La Vida religiosa»).*

Valor de los conventos de clausura

A los imbuidos más bien por el espíritu del mundo, que pregonan que las religiosas de clausura son personas ociosas e improductivas y que sus conventos debían desaparecer, les

contestamos con el Concilio Vaticano II, los Romanos Pontífices y los Santos, que los institutos o conventos de clausura ocupan un lugar eminente en la Iglesia, y los seguirán ocupando «siempre» mientras ésta exista «aún cuando urja mucho la necesidad del apostolado activo».

La vida contemplativa, dijo Pío XII, es como «el corazón de las obras del apostolado». Nadie dirá que el corazón, por estar oculto, es inactivo, cuando de él depende el movimiento y la actividad de los brazos y de todo el cuerpo. De Santa Teresa se dice que salvó tantas almas desde la celda como San Francisco Javier en la India y en el Japón.

El Concilio Vaticano II dice: «Los institutos de vida contemplativa tienen importancia máxima en la conversión de las almas con sus oraciones, obras de penitencia y tribulaciones...» (AG.40).

De Pío XI son estas elocuentes palabras: «Aquellos que cumplen el oficio de la oración y de la mortificación constante, contribuyen mucho más al incremento de la Iglesia y a la salvación del género humano que los que cultivan la viña del Señor con su actividad. Efectivamente, si ellos no alcanzasen del cielo las gracias divinas para regar el campo, los obreros evangélicos sacarían menos fruto de su trabajo» (*Umbratilem.* 1924).

Las almas de vida contemplativa son los grandes pararrayos que detienen la ira de Dios. Ellas son el imán que atrae sobre el pueblo innumerables gracias. Por sus oraciones el Señor puede darnos a todos alguna gracia especial.

Los pueblos que tengan algún convento y lo mismo las ciudades, debieran mirarlo con mimo, como cosa propia. Hoy muchos de estos conventos se hallan en mucha pobreza material, y es necesario que les ayuden. Los donativos que se hagan a las religiosas necesitadas, y que se vea que viven pobremente, serán fuente de beneficios para nosotros. El que no estima a las monjas de clausura es que no estima ni ha comprendido el valor de la oración.

La vida contemplativa mira al bien de todos. Su elemento primario, según Santo Tomás, es la contemplación de la verdad divina, puesto que es el fin de la vida humana. Dios es la Verdad suma, el SUMO BIEN, que debe preferirse a todo.

14.º ¿Cuál es el camino de la felicidad?

El camino de la felicidad temporal y eterna no es otro que el cumplimiento de la Ley de Dios, o sea, de sus santos Mandamientos.

Los mandamientos de Dios son leyes antiguas, tan antiguas como el hombre, pero no

anticuadas. Son de suma actualidad, pues son la palabra de Dios eterna, siempre actual. Dios los ha impreso en la conciencia de todo hombre (Rom. 2,14-15), los promulgó en el monte Sinaí (Ex. 20) y los confirmó Jesucristo al decir: *No he venido a abrogar la Ley, sino a confirmarla* (Mt. 5,17).

* * *

Todos buscamos la felicidad, y si no somos felices es porque la ponemos en las cosas donde no está. Dios, Dueño y Señor nuestro nos dice que la felicidad, tanto temporal como eterna, está en el cumplimiento de sus mandamientos, los cuales forman el «Código de la felicidad» Dios dice: *¡Oh, si siempre me temieran y guardaran mis mandamientos para ser siempre felices ellos y sus hijos!* (Dt. 5,29).

* * *

Ved; Yo os pongo hoy delante bendición y maldición: la bendición, si cumplís los mandamientos de Yahvé, vuestro Dios, que Yo os prescribo hoy; la maldición, si no los cumplís (Dt. 11,26-28).

* * *

Guardad los mandamientos y ponedlos por obra, pues en ellos está vuestra sabiduría y vuestro entendimiento a los ojos de los pueblos, que, al conocer todas esas leyes, se dirá: Sabia e inteligente es, en verdad, esta gran nación (Dt. 4,6).

* * *

Si vosotros obedecéis los mandamientos que Yo os prescribo, amando a Yahvé, vuestro Dios, y sirviéndole con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, yo daré a vuestra tierra la lluvia a su tiempo, la temprana y la tardía; y tu cosecharás tu trigo, tu mosto y tu aceite. Yo también daré hierba en tus campos para tus ganados, y de ellos comerás y te saciarás, sembraréis poco y recogeréis mucho... (Dt. 28).

* * *

Pero, si no obedeces la voz de Yahvé, tu Dios, guardando sus mandamientos..., malditos seréis en la ciudad y en el campo..., sembraréis mucho y cosecharéis poco... todo os irá mal (Dt. 28; Lev. 26).

La felicidad eterna será el fin o término del cumplimiento de la Ley de Dios. Así lo dijo Jesucristo: *«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt. 19,17).

* * *

Nuestro Dios es el Dios personal... rey y último fin de la historia del mundo... Este Dios ha dado sus mandamientos de manera soberana, mandamientos independientes de tiempos y espacio, de región y de raza. Como el sol de Dios brilla indistintamente sobre todo el género humano, así su ley no reconoce privilegios ni excepciones (Pío XI).

* * *

El Concilio de Trento dice: «Si alguno dijere... que los diez mandamientos no están en vigor para los cristianos, sea anatema» (Ses. 6). Pues todos y cada uno de los mandamientos del Decálogo deben cumplirse, porque como dice el apóstol: *«Aunque uno guarde toda la Ley, si quebranta un solo mandamiento, viene a ser reo de todos los demás»* (Sant. 2,10).

* * *

A modo de artífice fabricó la misericordia de Dios en sus mandamientos un espejo, en que el hombre puede contemplar la efigie de su propia mente y reconocer si es o no semejante a la imagen de Dios (San León M.).

* * *

El Decálogo es el Código perenne del progreso; fuera de él no hay más que barbarie, aunque esté oculta con todos los esplendores de la más refinada cultura (Vázquez de Mella).

* * *

Es cosa de ver cuanto cuadran a los chinos esos mandamientos del Decálogo, porque dicen que no pudieron ser cosa de hombres, sino que vinieron del cielo, principalmente el de honrar a Dios, y padre, y madre, y el de no matar, ni hurtar (P. Jerónimo Gracián).

* * *

San Francisco Javier en una carta a los PP. Jesuitas de Roma, le dice :Insistía yo en enseñarles el Decálogo, mostrándoles que la ley de los cristianos se contenía en aquellos diez preceptos, para que todos (como era razón) observasen y guardasen las cosas contenidas en ellos; y quien las cumpliese se salvará y será buen cristiano; y por el contrario, quien las quebrantase, ni sería buen cristiano, ni se salvará, si no hiciere verdadera penitencia. Están muy admirados así cristianos como gentiles de ver cuán santa y recta es la ley de Jesucristo, y cuán conforme a toda razón natural».

* * *

Dios promulgó los mandamientos con carácter obligatorio para todos los pueblos, para todas las razas y para todos los tiempos. Abarcan todos los deberes: religiosos, morales, sociales y políticos; *los deberes para con Dios* contenidos en los tres primeros, los cuales imponen el amor a Él, el respeto a su Nombre y la santificación de las fiestas; *los deberes para con el prójimo;* el respeto a la autoridad de los padres y de los superiores, a la vida física y moral de nuestros hermanos, a su propiedad y a su buen nombre, y los deberes con nosotros mismos, imponiéndonos un amor ordenado hacia nosotros y sentimientos de caridad y honestidad hacia el prójimo, frenando nuestra soberbia, concupiscencia y sensualidad (J. Zaffonato).

Violación del Decálogo... y el pecado

El Papa Pío XII dijo, y lo repitió luego Pablo VI y actualmente Juan Pablo II: «Se ha perdido el sentido del pecado», y a la verdad hoy muchos no le dan importancia a lo que Dios ordena o prohibe, y esto es una enfermedad de nuestro tiempo. ¿Qué es pecado? La Biblia nos da esta definición: *«Pecado es la transgresión de la Ley de Dios»* (1 Jn. 3,4).

* * *

Para saber qué es pecado basta, pues, atender a lo que nos manda o prohibe la ley de Dios. Todo pecado supone necesariamente dos cosas: Una ley terminante de parte de Dios y una desobediencia terminante de parte del hombre. Dios dice: No blasfemes, santifica las fiestas, no mates, no robes, no cometas actos impuros... Si el hombre dice: *No quiero* cumplir esta ley. Al no obedecer el mandato de Dios comete un pecado, porque quebranta la Ley de Dios.

* * *

Juan Pablo II dice: «El pecado es la raiz más honda de todos los males en la historia de los hombres» (Dives in m.8). El pecado mortal es lo opuesto a la santidad. Se llama «mortal» porque mata al alma privándola de la vida de la gracia. El que vive en pecado mortal, *«tiene el nombre de viviente, pero en realidad está muerto»* (Apoc. 3,1).

* * *

Para que haya pecado mortal se necesitan tres cosas: 1) *Materia grave,* vg. una blasfemia, un homicidio, un acto impuro, etc.; 2) *plena advertencia* por parte del entendimiento, y 3) *pleno consentimiento* por parte de la voluntad.

Mientras no repudies o renuncies de corazón el pecado, no habrá cambio *real* en tu vida.

* * *

Para comprender la malicia y gravedad del pecado basta ver como Dios lo castiga: Por un pecado solamente, y éste de pensamiento los ángeles quedaron convertidos en tizones del infierno (2 Ped. 2,4). Y por un pecado de desobediencia, con raiz en la soberbia, de nuestros primeros padres, el mundo quedó convertido en un valle de lágrimas (Gén. 3,17-19)... Además el pecado causó la muerte de Jesucristo, pues *«murió por nuestros pecados»* (1 Cor. 15,3).

* * *

¿Has pecado? No vuelvas a pecar más. Como de la serpiente, huye del pecado, porque si te acercas te morderá. Dientes de león son los suyos, que dan muerte a los hombres. Toda iniquidad es como espada de dos filos (Eclo. 21,2-4). ¿Qué queda después del pecado? Después del pecado y de la pasión satisfecha, lo único que queda es la vergüenza, la confusión y el arrepentimiento.

* * *

No digas: He pecado, y ¿qué ha sucedido? Porque el Señor es paciente... y no digas: Grande es su misericordia. Él perdonará mis muchos pecados, porque aunque es misericordioso, también castiga, y su furor caerá sobre los pecadores (Eclo. 5,4-7).

* * *

Desde luego hemos de reconocer, que no hay ningún hombre caído tan abajo, que no pueda levantarse, pero tiene que disponerse a salir de su estado de pecado: *Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva* (Ez. 33,11), *y hace como que no ve nuestros pecados por esperarnos a penitencia* (Sab. 11,24).

* * *

Los que viven en pecado atraen males y castigos..., en cambio, las almas en gracia atraen bendiciones y son pararrayos de los castigos de la justicia divina.

* * *

La falta de oración, de reflexión, de entrega a Dios, la repetición del pecado venial lleva al mortal. Para evitar las faltas leves es necesaria

siempre, como decía Santa Teresa, una «determinación deliberada».

* * *

Para no pecar queramos con voluntad firme y eficaz querer cumplir los mandamientos de Dios, y a este fin conocerlos bien y tener presente esta intimación del Señor: *«Grabad estas palabras mías en vuestros corazones y en vuestras almas y traedlas atadas para memoria en vuestras manos y pendientes sobre la frente entre vuestros ojos. Enseñad a vuestros hijos a meditarlas, ora estéis sentados en casa o andando de camino, y al acostarte y al levantarte»* (Dt. 11,18).

Laudetur Iesuchristus=Alabado sea Jesucristo.